

A pique estuvo de arrojarlo á tierra.
Mas ya quizá mi historia te importuna:
Si así fuese, oh lector, el libro cierra.

CANTO XLI.

Dudon liberta á los siete reyes. — Partida de Roger para Africa, y de Orlando y sus compañeros para la isla de Lampedusa. — Llega Roger á una roca donde se encuentra con un ermitaño, que le bautiza. — Combate de los reyes Agramante, Sobrino y Gradaso contra los tres guerreros cristianos, Orlando, Oliveros y Brandimarte. — Muerte de este último.

De excelente, á fe mia,
El nombre darse puede á aquel perfume
Que, al cabo de uno y otro y otro día,
Exhalan el vestido y el cabello
De jóven dama á quien amor consume,
O de faz varonil el negro vello.
El suave licor que, por su daño,
Dió ícaro á gustar á sus gañanes,
Y que, riesgos y afanes
Haciendo al Celta despreciar antaño,
La alpina sierra á atravesar le indujo,
Muestra cual debe al pronto ser su influjo,
Pues su vigor conserva al fin del año;
Que el árbol hojas en abril conserva
Si no las pierde en la estación acerba.
La antigua estirpe, que modelo ofrece
Al orbe de nobleza y cortesía,
Y que va cada día
Acrecentando su esplendor, parece
Querer mostrar que, por sus prendas bellas,
Entre los otros hombres
Debió brillar con el favor celeste,
Cual brilla el sol en medio á las estrellas,
El jóven tronco de la casa de Este.
Generoso y cortes, probar desea

Al buen Dudon Roger que no lo es ménos
Que pujante y audaz en la pelea,
Y que herirle de cierto
El pecho fatigado y descubierto
Pudo mas de una vez. Dudon advierte
Que, en efecto, la muerte
Darle Roger no quiere; y deseoso
De competir con él, sino en lo fuerte,
Al ménos en lo noble y generoso,
Le dice así: « La paz, señor, te pido.
« Ser ya no puede la victoria mia,
« Pues, aun mas que tu ardor y bizarría,
« Tu actitud generosa me ha vencido. » —
« Cual tú, » Roger respóndele, « desea
« Mi corazón la paz; mas de ella sea
« La condición, que al punto
« De esos siete caudillos
« Que se me han de entregar, rompas los grillos,
« Y que no se nos ponga impedimento
« Para tornar al África al momento. »
Dudon accede. Rotas las cadenas,
De los reyes disipa la congoja,
Y un buque deja al paladin que escoja,
Que de Libia los lleve á las arenas.
La vela pues al viento
Dan, y, llenos de gozo y de esperanza,
Caminan por el pérfido elemento.
Por fresca brisa, anuncio de bonanza,
Impelido el bajel, rápido deja
La tierra atrás, que en breve desaparece.
Mas no bien anochece,
Contrario sopla el noto
Y al buque amaga, altivo y encrespado
Por detrás, por delante y de costado.
En vano grita el misero piloto,
Y, con la mano y la bocina, ordena
Birar de bordo, ó abajar la entena.
Nadie sus penas ve; nadie su acento

Puede escuchar, que muere confundido
Del viento entre el horrisono bramido,
Y de tanto infeliz entre el lamento.

Ocioso es, pues, en confusion tan grande,
Pues ninguno obedece, que se mande.

Entre las jarcias zumba
El viento con violencia aterradora.
El aire con relámpagos se dora,
Y el trueno en la alta bóveda retumba.
Uno corre al timon, coge otro el remo,
Su antiguo oficio cada cual recuerda;
Cual desata, cual ata alguna cuerda,
Cual á las bombas corre, y animoso
Rechaza dentro el mar al mar furioso.

Con súbito fragor, con fuerza ignota,
Bóreas las velas entretanto azota,
Y hace al mástil temblar y lo quebranta.
De su cólera el mar en los extremos
Hasta el cielo, espumando, se levanta,
Y haciendo trozos del bajel los remos,
Al casco embiste con soberbia tanta,
Que presto en la onda infanda
Sepulta toda su siniestra banda.

Al Ser supremo, en cuita tan horrenda
Cada cual, suspirando, se encomienda;
Mas en vano; que en esto, desgarrada,
Da la nave ancha entrada
Al mar, que en breve con terrible asalto
De ella por todas partes se apodera.

De la azulada esfera
Ora la hace subir á lo mas alto,
Ora al fondo del mar de tal manera
La precipita, que al infierno piensa
Descender cada cual, y se acobarda,
Y, en su congoja inmensa,
Trágica muerte á cada instante aguarda.

Toda la noche de uno en otro tumbo
Boga el bajel con inseguro rumbo,

A discrecion del viento,
Que, léjos de aplacarse, cual debia,
Redobla su furor al nuevo dia.
Cerca entonce el patron viendo un peñasco,
Ase el timon, que entre sus manos cruje
Del mar al recio empuje,
Dejando así sin guia al roto casco.

De la vela la lona
Hinche el viento de modo, que imposible
Bajarla es ya; y, en lance tan terrible,
Toda esperanza á lo último abandona.
Cual él, de desaliento
Lleno cada uno, de salvar su vida,
Sin pensar en los otros, busca atento
Un remedio eficaz. La mas lijera
De aquella gente salta dentro al bote;
Mas tanta en él á un tiempo se aglomera,
Que próxima á vedarle está que flote.

Roger, que al capitan y al marinero
Dejar la nave por el bote vido,
De su túnica solo revestido,
Salta tambien en el batel lijero,
Que, de él y de otros mil la grave carga
Soportar no pudiendo,
Se sumerge á la postre en la onda amarga,
Consigo en ella á todos sumergiendo,
Los que su riesgo grave
Redoblaron huyendo de la nave.
Grita el uno, otro llora,
Del cielo la bondad aquel implora;
Mas á tanto clamor no hay quien responda.
De la versátil onda,
Que su ímpetu no aplaca,
Cual va por siempre á la mansion interna,
Cual de ella á nado la cabeza saca,
Cual saca un brazo ó la desnuda pierna.
Roger, á quien todo este horror no espanta,
La altiva frente sobre el mar levanta,

Y ve el desnudo escollo no lejano
Que evitar el piloto quiso en vano.
Piernas y brazos agitando á una,
Llegar espera hasta la enjuta orilla,
Con soplidos de su húmeda mejilla
Rechazando del mar la onda importuna.
De esta y del viento á discrecion en tanto
Boga el misero leño,
Desamparado con fatal empeño
Por toda aquella grey llena de espanto.

¡ Oh falaz prevision de los mortales!
Mientras, huyendo dél, huir creian
Aquellos infelices de la muerte,
Horrenda entre las olas la encontraban;
Y abandonado y roto,
Sin timon, sin piloto,
El leño, los escollos evitando,
Mar tranquila halla al fin, y viento blando,
Que de África lo impele á las orillas.

Por la parte de Egipto á pocas millas
Del puerto ya arruinado de Biserta,
Falto de viento y de agua, se detiene
Sobre una playa estéril y desierta.
En esto sobreviene,
Cual llevo dicho, Orlando,
Quien, saber deseando
Si cargado el navio
Se halla de gente, ó bien si está vacío,
Hacia él, con Brandimarte
Y su cuñado, en leve esquite parte.
Del destrozado buque
En las cámaras entra,
Donde ni un hombre nota, y solo encuentra
A Frontino, la fiel cabalgadura
De Roger, y su espada y su armadura,
Que en su ansia y en su prisa
De salir del bajel este guerrero
Allí dejara. En conocer no tarda

El conde Orlando, apénas la divisa,
A su antigua y famosa Balisarda.
Bien sé que ya sabeis de que manera
Despojó de ella á Falerina, el dia
En que el jardin taló de esta hechicera.
Tambien la treta conoceis impia
Con que al de Anger se la robó Brunelo,
Y cual al Atlas dirigió su huella
Por dar este á Roger joya tan bella.

Orlando, que ya en varias ocasiones
Probado habia su poder, al cielo
Gracias da de que á punto se la mande
Cuando empresa tan grande
Tiene que acometer; pues es el caso
Que á lidiar se dispone con Gradaso,
El cual, á mas de un ánimo gallardo,
Posee á Durandarte y á Bayardo.

De la armadura de Roger el resto
No conociendo el conde, no la estima,
Cual si algun tiempo encima
La llevase de sí. Bella por esto
La juzga mas que sólida. El encanto
Recordando que le hace invulnerable,
Menester no ha loriga, y por lo tanto
A Oliveros la entrega: á Brandimarte
Cede el corcel, y guarda
Para sí solamente á Balisarda.

Asi, con su cuñado
Y con su amigo los despojos parte,
Que la suerte feliz le ha deparado.

Vistoso traje cada cual desea
Vestir, para salir á la pelea.
En su túnica Orlando reprodujo
A Babel destrozada por el rayo.
En su áurea cota de armas Oliveros
Graba sutil dibujo,
Que un can de plata representa, echado
En tierra, con la trailla sobre el lomo,

Con un mote que dice : « Hasta que venga, »

Porque mejor con el recuerdo cuadre
De la reciente muerte de su padre,
Túnica negra Brandimarte viste,
Mas á la cual quitó su aspecto triste
Trazando Flordelis sobre su paño
De finas piedras un dibujo extraño.

Con mano propia la sensible amante
Del hijo del difunto Monodante
En bordar esta túnica se ocupa,
Y del corcel los fúlgidos arreos
Que han de cubrir sus crines y su grupa.

Mas temerosa, al empezar tal obra,
De perder en batallas ó en torneos
A su fiel Brandimarte, no recobra
La paz en mucho tiempo. Su zozobra
Es hoy mayor, y, sin saber la causa,
Siente insólitas penas

Que cuajan hoy la sangre de sus venas.

Apercibidos para hacer la guerra,
El ancla los tres héroes levantaron,
Y á Sansoneto y al inglés dejaron
El mando del ejército de tierra.

Víctima de la angustia que la aqueja,
Partir, llorando, Flordelis los nota,
Y ansiosa sigue con la vista al buque,
Que de la playa rápido se aleja,
Y que, por viento próspero impelido,
Al terreno elegido

Para el combate toca en breve. El duque
Y Sansoneto á Flordelis en tanto,
No sin esfuerzo, á retornar deciden
Con ellos al alcázar, donde al llanto
Que destroza su pecho

Da libre curso y póstrase en el lecho.

En tierra salta Orlando;
Y tras él Brandimarte y Oliveros
Sus tiendas colocando

Por la parte de Oriente, los primeros,
Vieron llegar despues por la de Ocaso
A Agramante, á Sobrino y á Gradaso;
Y todos de concierto, vista la hora,
Difirieron la lid hasta la aurora.

Mientras en torno á sus tiendas, bien armados,
Velan mas de un guerrero y mas de un paje.
Brandimarte, en la noche, hácia el paraje
Do estan los reyes moros alojados,
Del musulman caudillo en busca parte,
A recordarle, así como á Sobrino,
Que amigo suyo antaño, á Francia vino
A la sombra del árabe estandarte.

Despues de saludarle con respeto,
Y de tenderle la amistosa mano,
Al monarca africano

« Cese, » dice, « la guerra, y te prometo,
« En nombre de Roldan, que si consientes
« En adorar al Hijo de María,
« Volver podrás á gobernar tranquilo
« Cuantos reinos y gentes
« Hay desde el suelo tingitano al Nilo.

« Porque te amé, y te aprecio todavía,
« Tal consejo te doy, prudente y bravo :
« Mi ejemplo y mi experiencia te lo fia.
« Por el de Cristo el rito sarraceno
« Deja, señor, y á ti y á cuantos amo
« Verlos seguir quisiera
« Esta ley, que es la sola verdadera.

« De ello pende tu suerte. No vaciles
« Un consejo en seguir tan acertado,
« Y esa cuchilla, ¡ misero! no afiles
« De Milan contra el hijo denodado.
« Resistir no podrás; y aunque resistas.
« Y aunque venzas, es bien que reflexiones
« Que poco ó nada con vencer conquistas
« Mientras tu vida y tu poder expones.
« Supongamos que Oriando en la palestra

« Venga á morir, que la pujanza vuestra
 « A los dos que con él aquí vinimos
 « A vencer ó á morir á sus costados,
 « Muerte nos dé; ¿reconquistar por eso
 « Piensas!, señor, tu gloria y tus estados?
 « ¿Piensas que falta á Carlos quien defienda
 « El fruto de su acérrima contienda? » —
 A seguir su discurso el jóven iba,
 Cuando el feroz pagano le interrumpe
 Con voz airada y con prestanda altiva:
 « Por cierto que es, » prorumpe,
 « Temeridad que raya hasta en locura,
 « Meterse á dar, en bien ó en mal, consejo
 « A aquel que de pedirlos no se cura.
 « Que el que me das proceda del deseo
 « Que de mi bien conservas todavía,
 « Dificilmente creo
 « Viéndote de Roldan en compañía,
 « Y suponer con fundamento puedo
 « Que, inspirado mas bien por torpe miedo,
 « Quieres á todos de tu llanto eterno
 « Partícipes hacer en el infierno.
 « Si vencer debo ó sucumbir, si al solio
 « Volver debo á subir, ó andar proscrito,
 « Del Señor está escrito
 « En el perenne indescifrable folio.
 « Cualquier que sea el celestial decreto,
 « Vencedor ó vencido, lo respeto,
 « Que, aun ciertos, tus pronósticos me afligen
 « Méno que renegar mi fe y mi origen.
 « Vuelve á tu tienda, pues, y si mañana
 « Mejor que hoy consejero
 « De Orlando no eres defensor, espero
 « Mostraros que es vuestra insolencia vana. »
 Así dijo en su cólera Agramante.
 Aléjase el cristiano, y sin demora
 A su tienda tornándose, un instante.
 Va á descansar. Mas fúlgida la aurora

No tarda en asomar por el Oriente.
 A cual mas diligente,
 Se arman los seis gallardos paladines;
 Llegan al campo, y sin chistar, ni toque
 Aguardar de trompetas ni clarines,
 Con impetuoso y simultáneo choque,
 A herirse van. Mas justo,
 Señor, no fuera de Rger el susto
 Por esto prolongar. Con pies y brazos
 Hiende animoso la salubre espuma.
 Mas empero que el mar, mas aun que el viento
 Que sus fuezas agita, á su alma abruma
 El peso de fatal remordimiento,
 Y el temor de que el Dios de quien, remiso,
 Desoyó tantas veces el aviso,
 Quiera del mar en el profundo abismo
 Darle hoy, por fuerza, trágico bautismo.
 Trayendo en este instante
 Roger á su memoria
 Tanta y tanta ilusoria
 Promesa hecha á Reinaldo y Bradamante,
 Y al Señor suplicando le perdone
 Los yerros que contra él ha cometido,
 Cuatro y diez veces jura, arrepentido,
 Por Dios á Cristo conocer si pone
 De nuevo en tierra el pié; jura que lanza
 Ni espada en pro del estandarte moro
 Volverá á manejar, y sin tardanza
 Ir á Francia promete
 A dar su amparo al de las lises de oro,
 Y á no dejar mas tiempo que juguete
 Sea de su pasión firme y honesta
 La que á morir por él está dispuesta.
 Milagro fué que, apenas acabada
 Esta súplica, el inclito mancebo
 Nueva fuerza recobra, ánimo nuevo,
 Y por las olas, que lo mecen, nada;
 Hasta que, al fin, no sin gran pena toca

En tierra, por la parte
 Do mas se inclina sobre el mar la roca.
 Las ondas sepultaron
 A los demas, que en ellas se arrojaron.
 Roger, tan solo por favor celeste,
 Encuentra asilo en este suelo agreste.
 Nuevo terror le asalta
 Empero alli; morir en un destierro
 Teme, do cuanto ha menester le falta.

Mas, por las peñas del desnudo cerro
 Impávido trepando,
 Recto á su cima se dirige, cuando
 Un ermitaño ve que extenuado
 Parece por la edad y la abstinencia,
 Y que respeto inspira y reverencia.
 No bien le ve de cerca el cenobita,
 « Saul, Saul, » le grita,
 Cual á san Pablo gritó Dios antaño,
 « ¿Porqué hacer á mi fe pretendes daño?
 « El mar pensaste sin pagar tributo
 « Atravesar, arrebatando al orbe
 « De tu alta union el suspirado fruto.
 « Bien ves que, haciendo vana tu esperanza,
 « Do quier el brazo del Señor alcanza. »

Y por celeste aparicion que tuvo
 En la noche anterior, el ermitaño
 Sabe que alli Roger, por rumbo extraño,
 Llegar debia, y sabe los secretos
 De su vida pasada y venidera,
 Y de la de sus hijos y sus nietos.

La indiferencia al pronto vitupera
 Con que, sin causa, hasta hoy ha diferido
 Entregar su cerviz al dulce yugo
 Que al Ser supremo plugo
 Piadoso designarle, y le reprende
 De haber hecho, á la postre y obligado,
 Lo que debiera hacer de tan buen grado.
 Mas ánimale luego, y le asegura



Roger llega cerca del Ermitaño. (T. II, p. 368.)